LA PÁGINA DE NICOMEDES

HUMOR ZAMBITO

¡Piano piano, zambo!
La terra e rotonda,
man non se muove.

Reportaje a Don Cristóbal Colón

LA CRONICA: ¡Gioia e pace, signore Almirante!

CRISTOBAL COLON: ¡Pace e gioia, bruno! . . . Che avete?

L.C.: Pues, lo molestaba para hacerle una breve entrevista para mi página del suplemento "Fin de Semana". . . .

C.C.: Capito, capito. Siete giornalista, ¿é vero?

L.C.: Exacto, Almirante. Soy periodista del diario LA CRONICA.

C.C.: E bene, parla dunque . . .

L.C.: En primer lugar, Don Cristóbal, aclárenos lo referente a la ciudad que le vio nacer; unos historiadores dicen que usted nació en Génova, otros aseguran que en Saona, otros . . .

C.C.: ¡Ma qué Saona, qué Saona, porca miseria! . . . Io sono genovese cento per cento. Io nací en el barrio de Cogoletto, Io sono Christophoro Colombo, figlio de Domenico Colombo. Il mio papá fue comerciante en lanas y cueros allí en la lontana y bella Génova. Recordatevi, bruno: ¡Io sono genovese, tutto genovese, capici? . . .

L.C.: Comprendo, Almirante, y gracias por la aclaración. Otra cosa que también está en misterio . . .

C.C.: ¿Qual cosa?, ¿qual mistero? . . . dite, dite, parla bruno! . . .

L.C.: Es sobre la financiación de su viaje para el Descubrimiento. Por un lado se dice que usted tenía un camote con la Reina Isabel, y que por eso ella empeñó sus joyas, porque usted la traía loquita . . . .

C.C.: ¡Maledizione! . . . Parlar así de una santa donna. La Regina Isabel era propriamente una santa. Yo fui a Portugal y hablé con el Rey Juan II y le propuse la moña esa de buscar un camino más corto a las Indias yendo por el Atlántico rumbo Occidente, pero ni me dio pelota, como antes tampoco me habían dado bola mis paisanos de Génova por no romper nuestra gloriosa tradición de coñetas.

Entonces, el año 1484 llegué a Huelva y estaba hasta las . . ., como se dice ¡hasta las cachas! . . En Palos de la Frontera, los buenos padres del Convento de la Rábida me dieron ropas y alimentos. De allí partí a Sevilla y perdí mi silla, me fui a Granada y no comí nada, y cuando ya me iba ir a la misma porra, fue que conocí a Don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, quien me recomendó ante la santa madonna y Regina Isabel . . .

L.C.: Pero antes no conoció al duque de Medina Sidonia? . . .

C.C.: Certo, cosí. Pero el duque Don Enrique de Guzmán era lo que se dice propriamente una bestia. En esos días, para matar el hambre me dediqué a fabricar globos terráqueos para venderlos en la feria. La gente preguntaba qué era eso y yo le explicaba que era la Tierra, porque la Tierra era redonda, y la gente ya iba a atracar, cuando apareció el tal duque de Medina Sidonia a hacerme cachita y decir que yo estaba más loco que una cabra, ¡figlio de canne! . . .

L.C.: No se amargue, don Cristóbal . . .

C.C.: E bruno, tú si sabes que la Tierra es redonda, verità?

L.C.: Por supuesto, don Cristo, y además tiene tres movimientos principales, que son: rotación, traslación y precesión; habiendo otros movimientos secundarios, como . . .

C.C.: ¡Piano, piano, zambo! La Terra é redonda, ma non se muove. En mi conferencia con el astrólogo Fray Antonio de Marchena, recuerdo que tocamos ese punto y él me habló de otra teoría que tiene el Santo Oficio esbozada por el Tribunal de la Santa Inquisición, entonces preferí dejar la Tierra en redonda, nada más. A ti te aconsejo lo mismo, zambo.

L.C.: Gracias, Almirante. Decía usted que el duque de Medinaceli escribió a la Reina Isabel recomendándolo . . .

C.C.: Sí. Ella estaba en Córdoba y me recibió en Las Cortes, dándome muchas esperanzas pero disculpándose porque la guerra de Reconquista la tenía muy atareada en Granada y sólo faltaba darle el último empujoncito al librón de Boabdil, -ultimo rey moro. Entonces, doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya me ayudó mucho y me recomendó a Fray Diego Deza, para que me dieran un cuartito en el convento de Salamanca los padres dominicos . . .

L.C.: Por lo visto, a usted nunca le faltaban ni las damas nobles ni los curas . . .

C.C.: Che dice? . . . Fue Juan Pérez, antiguo confesor de la Reina, quien aceleró el trámite, escribiéndole una carta decisiva cuando ya yo me largaba a Francia a pedir ayuda para la mía empresa. La Reina me llamó a Santa Fe, y en presencia de funcionarios, sabios y nobles de las Cortes, fue que los desafié a parar un huevo en la mesa. Nadie pudo hacerlo, yo sí paré el huevo . . .

L.C.: ¡Y eso convenció a la Reina, verdad?

C.C.: ¡Certo! . . . Ma, per che ride cosa? . . .

L.C.: Nada, don Cristóbal. Hacía cuentas: si a usted le dieron 1'400.000 maravedíes por su hazaña, pues . . .

C.C.: Pues qué? . . . parla, bruno mascalzone! . . .

L.C.: Y esa indicita que tiene ahí, a sus plantas, ¿son sus regalías por el "Descubrimiento"?

C.C.: Ella se llama Marabey y es la primera hija de estas tierras que abraza la verdadera religión.

L.C.: ¿Y la abrazó así nomás, por las buenas? , ¿no hubo prepo? . . .

C.C.: ¡Ma qué prepo, bruno! Si para eso vinimos a las Indias, a traer el credo de Paz y Amore . . .

L.C.: Pues el contrato que hizo usted con los Reyes Católicos, tiene muy poco de cristiano y mucho de negocio turbio. Usted recibió el título de Almirante de las islas y tierras que descubriese, título transmisible a sus herederos; tendría el cargo de virrey y gobernador de las mismas; la décima parte de las mercaderías; quedando otras nueve para los Reyes; el conocimiento de los pleitos que pudieran suscitarse; y la utilidad que resultare de la octava parte con que podría contribuir al armamento de los buques enviados con tal destino; los alcaldes de Palos verían que los vecinos le facilitaran dos carabelas por doce meses . . . ¿en fin!, ese 17 de abril de 1492, usted puso más cláusulas que las de una inmobiliaria en un contrato de alquiler-venta.

C.C.: Bruno, era una misión riesgosa, perigosa, onerosa. Las tierras que descubrí valieron mil veces más que eso, certo? Pero, hay una cosa que tú no dices, zambo. La tripulación. ¿Quién buscó la tripulación? Yo, io solito. ¿De qué valía la plata y los barcos sin tripulacione? ¿Y quién quería embarcarse a una muerte segura? Io logré convencer a mis navegantes: Vicente Yáñez, Martín Alonso y Francisco Martín Pinzón, Rodrigo de Triana, qué navegantes, mama mía! . . .

L.C.: ¡For de asesinos! querrá decir . . . Ustedes llegaron a unas tierras pacíficas, de gente buena noble y hospitalaria, que no conocían la guerra. Ellos creyeron que ustedes eran enviados del cielo, pero luego que les robaron sus alimentos, violaron a sus mujeres e hijas, saquearon sus templos, les contagiaron sus asquerosas enfermedades y asesinaron a casi toda la población, pronto entendieron que ustedes eran enviados del infierno . . .

C.C.: Na, ¿qué dice, bruno? . . . Parla come el cura ese De las Casas, cosa vuole?

L.C.: Dígame, don Cristóbal, ¿quién pagó con robo y violaciones la hospitalidad que el cacique Guacanagarí le ofreció en el Marién? ¿quién capturó y encadenó a Caonabo, cacique de Maguana?, ¿quién hizo correr ríos de sangre en las plácidas tierras de Magua, donde gobernaba el dulce y pacífico Guarionex?, ¿quién echó lebreles, carniceros perros asesinos que destrozaban un ser humano en un santiamén a los hombres de Cayacoa, en el Higüey?, ¿quién ordenó que cortasen las orejas y narices a los pacíficos pobladores de Quisqueya? -... Fue usted, fueron usted y sus hombres, don Cristóbal Colón . . . Y no meta en ello a la religión cristiana, por favor . . .

C.C.: ¿Y qué no parla de la matanza que hizo Caonabo en mi gente cuando incendió el fuerte de la Navidad que habíamos hecho con los restos de la carabela "Santa María", ¿por qué no dice de los españoles que allí murieron achicharrados, mientras yo me encontraba en España?

L.C.: ¿Y qué hizo con Caonabo cuando volvió en su segundo viaje, con 1,500 hombres a bordo de la "Santa María", el "Colina", la "Gallega", la "Santa Clara", "San Juan" y "Cardera"? . . . De 600,000 habitantes que tenía Quisqueya pronto casi no quedó un alma. El incendio del fuerte Navidad, como bien le contaría su adulón de Guacanagarí, se debió a que no bien usted volteó las espaldas sus "angelitos" violaron hasta las palmeras . . . Pero no se preocupe, que la gente de esta América sigue siendo noble y sabe perdonar, aunque no por eso padecemos de amnesia. Nuestra América . . .

C.C.: ¡Ma qué América, qué América? ¡porca miseria! . . . Questa terra non é più América. Américo Vespucci fue un masclazone maledetto y cochino, ¡un plagiario, propriamente! . . .

L.C.: Ya ve, en eso sí le doy toda la razón. Esta tierra debió llamarse Colombia, todo el Continente . . .

C.C.: Ma no, ¿Per che Colombia? Questa terra ya tiene nombre: ¡é Ofir. Aquí se establecieron los descendientes de Noé . . .

L.C.: Que no, don Cristobalito. Usted tocó Haití o Quisqueya, Las Lucayas, Cuba, Trinidad y Tierra Firme, que ahora son Colombia y Venezuela, eso, de refilón, como América Central . . .

C.C.: ¡Y dale con América! . . . Américo era un náufrago capaz de ahogarse en la bañera.

L.C.: Es la costumbre, don Cristo. Bueno, gracias por la entrevista.

C.C.: Y este sitio donde estoy ¿cómo se llama?

L.C.: Está usted en el Paseo Colón, en Lima, capital del Perú.

C.C.: Y esta casona de mi derecha, ¿qué es?

L.C.: Es el Club Arequipa, ¿por que?

C.C.: ¡Ahora sí te creo que estoy en el Nuevo Mundo! . . . Gracie, zambo.

¿El club Arequipa?
¡Ahora si te creo que estoy en el nuevo mundo! . . . Grazie, zambucone

¡... Y DICE ASI..!

Alberto Medel un decimista de Tarma

EL PESCADOR

Como positiva respuesta a la invitación que hiciéramos a los poetas populares de nuestra tierra, poniendo a su entera disposición este espacio de nuestro sabatino Magazine "Fin de Semana", nos ha llegado la colaboración de un poeta tarmeño.

De esta soleada, ubérrima y hospitalaria Tarma, tierra de los aguerridos "tarumas", tierra del famoso manjarblanco, de la buena fruta y sabrosa mantequilla. De allí, donde el pionero Vienrich hiciera florecer sus "Azucenas quechuas", es el poeta Alberto Medel G. del Valle, autor de los poemarios "Flores de mala hierba" (Tarma, 1968) y "La flor de la kantuta" (Lima, 1972). Este último trabajo lo hizo acreedor a los premios "La flor de la cantuta de oro" (1966) y Medalla de Plata (1964). Nos cuenta don Alberto Medel, que tiene dos libros más en proyecto de edición: "Mestizaje de Ideas", desarrollado en 200 décimas, y "El Embrollista", también en décimas estróficas hasta el número de 150.

Don Alberto Medel, es de edad algo avanzada pero su corazón de joven se ve rejuvenecido por el quehacer poético que, burla burlando, tiene para él la crítica moralizadora por único objetivo.

De su libro "Flores de mala hierba", hemos escogido las décimas tituladas "El Pescador", que presentamos sin más comentario que nuestra gratitud a don Alberto por su gentil colaboración, para la que se dio el trabajo de venir a Lima desde Tarma, donde radica.

I

Ha terminado la pesca,
y al muelle se van cantando,
ese vals que va danzando,
en la mente ruda y fresca
mientras el día amanezca,
soñando las ilusiones,
con copas y con pasiones
han de gozarla sin freno
sobre el hecho y sobre el heno
aunque los lleve a prisiones

II

Es el rudo pescador
que sueña con la pelota
con la mujer y la sota
con el vals del cantador
y la copa de licor; –
todo esto por unos reales
sin sesos y sin cabales. –
– ¡Cómo saciar la vida
por esta senda perdida,
que lleva a todos los males!

III

Y la paga de la pesca
la recibe y la derrocha
con la gringa y la morocha
en pleitos, líos y gresca–
¡Qué la familia perezca
importa todo un comino!
Así va, aquel vecino,
gastando las energías
el tonto que en la porfía
va a quedarse en el camino

IV

Cuando no rinde la pesca
o la barca está dañada
con amigos de rodada
va buscando la yesca
de lo ajeno que refresca
esa vida depravada,
viviendo de la colada,
del asalto y el embrollo
mandando al prójimo al hoyo
y al burdel a la burlada.–

V

Los hijos desparramados
no pueden ir a la escuela,
aprendiendo la secuela
del crimen: vicios, dopados,
son estos chicos malcriados,
que asaltan a las fruteras,
se llevan toda cartera
para cantar sus hazañas
como si fueran panteras. –

VI

Al Stádium el domingo
con el terno bien planchado
después de haber almorzado
el cebiche con el gringo,
de haber ganado en el bingo,
con la chaira y sin coto
ahí arma tal alboroto
y a los gritos de a la una
toma asiento en la tribuna
para salir todo roto. –

VII

Cuatro puntos aplicados
con el vestón que se afloja,
con la nariz toda roja,
con esos pasos cansados;
así va todo apenado
a su casa alicaído,
ese guapo empedernido
con más temor que una vieja,
a pesar que se maneja
desfachatez de fornido. –

VIII

la mujer es abnegada
y todo en buen orden lo tiene
ella es la que sostiene
con inquietud sosegada
esta vida deprava·la
pensando, pensando en todo
que al marido de algún modo
lo ha de tener a su lado
muy lejos de aquel malvado
del trago, el vicio y el lodo. –

IX·

En silencio, llora y gime,
con la plegaria y el rezo,
sobrellevando aquel peso
con paciencia que redime
las culpas de ese crimen
que se llama el abandono. –
Hoy el hombre peor que el mono
con mil muecas de taberna
va camino a la caverna
lleno de inmundicia el lomo.

¡Vaya Ud. a bañarse!

¡Ahhh! . . . la playa, la playa . . .

Esto sí que es vida: sol, aire agua y... ¡fiii fiuuu! Adiós, carita de arroz . . . (Qué mamacita, yo la sigo) ¡Bah, se metió al agua, y hasta allí no va mi amor. No importa, la veré cuando salga. Ahora lo que apetezco es un buen cigarrillo.

Caminemos un poco, hay que lucir la figura (y esconder la panza). ¡Buenas . . .! (¿Quién será ese tipo que me saludó? Hay gente irreconocible en ropa de baño). Voy a echarme un ratito aquí. Todavía está fresca la mañana y yo me meto al agua cuando caliente el sol . . . ¡Guau, qué tal gordura de señora! . . . Seguro que hoy se rebalsa el Océano Pacífico . . . Ufa, ese gallo que viene aquí parece gallo-gallina . . . ¿Eh, cómo dice? . . . Sí, sí hace calor (¿No te dije? . . . Si yo tengo un ojo . . .) No, no soy de Lima. Yo soy marciano . . . ¿Qué, que le muestre mi cohete? . . . ¡Mire amigo, ya córtela conmigo, ya? . . . Pica, pica, haz tus abridores, vuela . . . (Degenerado) Voy a meterme al agua para pasar el mal rato . . . Cómo nadan esos bárbaros . . .

¿Por qué mi padre no me enseñaría a nadar cuando yo era chico? . . . Bueno, creo que el viejo tampoco sabía . . . ¡Diablos, el agua está helada! . . . ¡Chispas! . . . una mojadita de mano para hacer la señal de la cruz, y a la una . . . a las dos . . . y a las . . . Creo que mejor me baño dentro de un rato.

. . . ¡Epa, quién diablos me echó agua? . . . Ah, son ustedes, muchachos. ¿Qué, qué pasa? . . . No, no me vengan con esas bromas, miren que me amargo con todos ustedes . . . no muchachos, miren que acabo de almorzar . . . ¡No, al agua no, muchachos! . . . ¡Por tu madrecita, Láurel, mira que yo no sé nadar! . . . ¡Suéltame, Lucho, te juro que te . . . Socorrr . . . glub . . . auxiliú . . . glub . . . ¡hombre al agua! . . . glub . . . socorr . . .